

## Semblanza académica

Marcelo Merino

*Profesor Emérito de la Facultad de Teología  
Universidad de Navarra*

Ciertamente siento un gran peso por el honor que la Facultad de Teología de esta Universidad ha puesto sobre mis hombros en esta mañana del 9 de marzo de 2020, día en el que recordamos el primer aniversario del fallecimiento del Prof. Gil Tamayo, después de una enfermedad –no sabemos si dolorosa, porque nunca se quejó–, ni tampoco muy larga –pues duró apenas dos años–, que supo llevar con todo el talante y talento de un buen sacerdote y profesor de esta su *Alma mater*.

El peso al que he hecho mención se me hace más ligero al pensar en aquellos versos de san Gregorio Nacianceno y que quisiera que sirvieran de frontispicio a la presente semblanza académica del finado profesor D. Juan Antonio. La estrofa que deseo grabar en estos momentos dice así: «Para mí son igualmente padres cuantos me enseñaron el bien, y son hijos aquellos a los que yo he enseñado. Solo aceptaré –prosigue el poeta– a Cristo como compañero, que abraza a los célibes con preferencia a los demás, aunque haya nacido para todos y haya alzado la cruz en favor de todos.

En él me alegro, y sea algo agradable o desagradable lo que me envíe, incluso me haga más expedita también por la aflicción, como oro inmundo purificado en el crisol» (GREGORIO DE NACIANZO, *Carm.*, I, 2, 1, vv. 596-602); donde el primer «I» significa «teológico», el nº «2» se refiere a «morales», y el último 1 da a entender el orden de este poema concreto dentro de su serie. Por cierto, el título que los amanuenses nos han transmitido de esta inspiración reza de la siguiente manera: «Elogio de la virginidad». Así entenderán Ustedes mejor la alusión femenina que se hace en los versos mencionados.

En los minutos que siguen trataré de explicarles la suavidad del «peso» junto con el «honor» que se me han concedido. Pero no por ello dejaré de recordarles que si es verdad que los padres rejuvenecen con el recuerdo de los hijos, no es menos cierto que la muerte de un hijo envejece más la ancianidad a un padre. Aunque en este momento también es muy bueno hacer memoria de que para quien titubea es un buen apoyo la evocación del que anduvo firme y seguro.

Verán. D. Juan Antonio nació la víspera del día de Navidad, es decir, el 24 de diciembre de 1966, en Zalamea de la Serena, un municipio de la provincia de Badajoz. Pero muy pronto, a los diecisiete años, quiso hacerse navarro y por ello se trasladó a esta ciudad con el fin de matricularse en el último curso de Bachillerato en el Colegio Irabia.

Con dieciocho años, en 1984, comenzó sus estudios de Licenciatura en la Facultad de Filosofía y Letras, y eligió la sección de Filosofía pura, que así se llamaba una de las tres secciones académicas en que se dividía la mencionada Facultad. Y cinco años más tarde lo encontramos fotografiado como uno más en la orla de los licenciados en Filosofía y Letras durante el curso 1988-89. Contaba entonces 23 años.

A partir de ese mismo año inicia su camino docente en el Colegio Irabia de Pamplona como profesor de Filosofía, Literatura española, Latín y Religión en las etapas educativas correspondientes a la Secundaria de entonces y al Bachillerato. Esta actividad docente le ocuparía hasta el año 1995, cuando, en consideración a su buen hacer magisterial, también es nombrado director técnico del mismo Colegio Irabia hasta acabado el curso 1999. Toda esta actividad de magisterio la desempeña a la vez que realiza sus estudios teológicos en el primer ciclo de la Facultad de Teología de nuestra Universidad.

Es entonces, en octubre de 1999, cuando decide su dedicación completa a los estudios de Licenciatura en nuestra Facultad de Teología, y opta por la especialización histórica, y más concretamente por las investigaciones sobre los Padres de la Iglesia. Será precisamente en esta época cuando tuve la suerte de entablar con él unas relaciones académicas que perduran todavía en estos momentos.

Una vez reconocido como licenciado en Teología, después de haber superado las pruebas pertinentes con las mejores calificaciones, investigó sobre *La Iglesia como misterio de comunión en Cipriano de Cartago*, que fue el objeto de su defensa doctoral en Teología, calificada de *Summa cum Laude*, y que le supuso el premio extraordinario de aquel curso académico 2001-2002. En verdad, aquel año de 2002 fue decisivo en la orientación vital de nuestro querido D. Juan Antonio, no solo por la obtención del grado de Doctor en Teología, sino sobre todo porque a finales del mes de agosto recibiría su ordenación como presbítero de la Iglesia católica, dentro de la Prelatura de la Santa Cruz y Opus Dei.

Con la defensa correspondiente de su investigación doctoral, nuestro docente ya tenía todos los requisitos necesarios para desempeñar con total conformidad el nombramiento que las autoridades académicas le habían concedido como profesor ayudante del Instituto de Historia de la Iglesia un año antes. De esta manera, durante los nueve meses del curso académico 2002-2003, impartió en las aulas de la Facultad de Teología la asignatura titulada «Las polémicas teológicas en el siglo III» a todos los alumnos que cursaban la Licenciatura en Teología Histórica.

Hemos resaltado aquellos nueve meses, porque fueron suficientes para gestar la decisión de trasladarse a Roma y así perfeccionar su formación patristica

dentro de las aulas del Instituto Patrístico «Augustinianum». Su estancia en aquella ciudad completó los cursos académicos 2003-2005, que fueron los necesarios para realizar el bienio de especialización en teología y ciencias patrísticas.

Prosiguiendo con el relato académico del Prof. Gil Tamayo hay que recordar que su regreso a Pamplona desde la Ciudad Eterna coincidió con el ofrecimiento que le hicieron de nuevo las Autoridades Académicas como profesor Adjunto de Patrología en la Facultad. Durante casi una decena de años nuestro profesor estuvo dedicado a la docencia de distintas asignaturas troncales en el currículum de los alumnos de los dos ciclos educativos de la Facultad de Teología.

En consideración a su productividad académica, tanto pedagógica como de investigación, en el mes de julio del 2014, sería promovido a profesor Agregado de la misma especialidad. Precisamente en esta tarea docente le sorprendió la enfermedad por los resquicios de la vida que le llevarían en poco tiempo a alejarse físicamente de nosotros.

Su capacidad intelectual y su gran dedicación en la Facultad de Teología pueden verse en dos aspectos importantes. Me refiero, en primer lugar, al desarrollo de los distintos servicios que el Prof. Gil Tamayo fue prestando con eficacia como, por ejemplo, la Subdirección de la revista *Scripta Theológica*. Los años 2007-2011 se reconocen como los de la mayor expansión científica

de la Revista, en la que se publicita la investigación de los profesores de la Facultad, y donde se establecen lazos culturales con otros centros académicos de idéntico parangón teológico. No podemos olvidar que son años en los que la Revista, bajo la dirección del prof. Izquierdo y la valiosa ayuda del profesor Gil Tamayo, emprende los primeros pasos en su prestigio internacional, que concluirían con el reconocimiento y aceptación en los más especializados repertorios bibliográficos de Teología, como puede ser el caso de *Scopus*, la base de datos de referencias bibliográficas y de citas más importante en el ámbito de la investigación científica.

Es precisamente esta eficiencia servicial la que hace que las autoridades académicas se fijen en D. Juan Antonio para nombrarle director de estudios de la Facultad en 2011. De esta manera, *Scripta Theológica* perderá uno de sus más eficientes colaboradores, pero lo gana la Facultad entera. Es en este desempeño donde la laboriosidad y validez del nuevo director de estudios se hacen todavía más evidentes. Todos los alumnos, todos, encuentran unos oídos que escuchan sus sugerencias, sus quejas, y ellos mismos son quienes le hacen decir a D. Juan Antonio su frase favorita: «A por ello». Era su *slogan* repetido una y mil veces. Pero no indicaba distancia, alejamiento, ni mucho menos desapego, sino que él mismo se ponía el primero en la reata de las posibles soluciones que se presentaban por muy difícil que fuera la cuestión planteada.

Esta intensa actividad como director de estudios de nuestra Facultad y su dedicación a los alumnos, especialmente a los futuros sacerdotes, se hizo evidente en las repetidas ocasiones que fue elegido padrino de las promociones anuales que han salido de las aulas de la Facultad en esta última década. No recuerdo cuántas becas blancas han impuesto sobre los hombros de D. Juan Antonio los universitarios de Teología, pero todas ellas hablan en silencio de la dedicación destacada del profesor Gil Tamayo desde la Dirección de Estudios de la Facultad.

Desde esta atalaya de la Dirección de Estudios, D. Juan Antonio supo observar y querer a los alumnos como ellos deseaban ser contemplados y queridos. Y aquí no hago otra cosa que parangonar unas palabras del que fuera Fundador y Primer Gran Canciller de esta Universidad, san Josemaría. En verdad, todos los humanos, para conseguir y alcanzar los grandes objetivos que nos proponemos, necesitamos una adecuada educación, familiar y escolar, con unos principios sólidos y recios donde cimentar el propio carácter y personalidad. Así, D. Juan Antonio disfrutó de los cimientos imprescindibles, tanto familiares como los específicos del espíritu, para edificar la gran personalidad de que hizo gala sin ningún tipo de alardes, a no ser que se considere como tal su continua sonrisa. Recuerden Ustedes los versos del Nacianceno grabados al comienzo de esta semblanza. Ciertamente el

Prof. Gil Tamayo podría enumerar los muchos hijos intelectuales que nos ha dejado, pero quien les habla no tiene el propósito de enumerarlos, pues no desea engrosar el colectivo de los abuelos de ningún tipo.

En verdad, la dedicación, la lealtad a la verdad y el cariño, son las vivencias humanas que destilan el carácter de nuestro profesor universitario. Su calidad pedagógica se caracterizaba por sus sólidos conocimientos; sabía valorar sus propios esfuerzos y los de los alumnos para alcanzar los objetivos científicos propuestos. Tenía seguridad en sí mismo —«¡a por ello!», repetía—, y así acercaba a los demás no solo a su propia persona, sino también a la solución de los problemas de todo tipo.

El campo de investigación que el Prof. Gil Tamayo eligió para sus indagaciones científicas fue el de los estudios patrísticos en el ámbito latino y, más concretamente, dentro de la tradición africana. Por ello sus autores preferidos, además de Cipriano de Cartago, fueron Tertuliano, Optato de Milevi, Ambrosio de Milán y Agustín de Hipona. Durante su permanencia en el claustro de los profesores de la Facultad y en la aulas de dicha institución, no era difícil para sus colegas y sus alumnos la solución de cualquier asunto científico que tuviera que ver con esa parcela de la Tradición en la Antigüedad cristiana. Buena cuenta de lo que digo son las distintas tesis doctorales que sus alumnos le pidieron que pilotara para alcanzar el mejor puerto.



Señoras y señores, este sería el momento idóneo para recordar algunas de las más importantes publicaciones del Prof. Gil Tamayo. Aunque no pueda yo afirmar que los años que transcurrió entre nosotros fueran muchos, han sido los suficientes para reconocer las excelentes dotes que adornaron a nuestro investigador. Ciertamente, la Sabiduría, con mayúscula, le concedió unas enormes capacidades intelectuales que, conjugadas con las muchas horas de trabajo callado y sacadas de donde no había tiempo, dieron su fruto bien granado en muchos trabajos que han visto la luz en distintas revistas científicas de carácter teológico y en otras tantas editoriales que rindieron sus recursos ante las sugerencias del investigador de la Facultad.

Permítanme un ejemplo. Cuando el Prof. Gil Tamayo conversó con la Editorial Católica para publicar una traducción de las obras completas de san Cipriano, los editores le sugirieron la idea de una actualización del volumen que ya tenían publicado, y agotado, de dichas obras del santo de Cartago. Nuestro profesor insistió en que sería mejor hacer una nueva traducción con la correspondiente bibliografía puesta al día. Una vez revisada convenientemente por los editores la traducción preparada por Gil Tamayo, la decisión final fue la de editar esta última, que es la que tenemos la oportunidad de consultar en dos volúmenes de la colección de Biblioteca de Autores Cristianos, publicados en 2013-2016. Con motivo de

esa publicación nosotros mismos escribíamos entonces: «Se trata, en definitiva, de una muy buena edición de las obras de autenticidad probada del santo obispo de Cartago, que sin duda sacia los deseos de un público con una cultura cristiana normal, y que anhela beber en las fuentes más genuinas de su doctrina y con los verdaderos doctores de la tradición cristiana, entre los que san Cipriano ocupa uno de los lugares más señeros». Su benevolencia, señoras y señores, permitirá esta valoración de un padre para con uno de sus hijos.

Como les decía, la actividad investigadora del Prof. Gil Tamayo también queda reflejada abundantemente en las publicaciones de sus muchos artículos en distintas revistas científicas y en otros capítulos de obras colectivas, en las que él mismo participó de su edición y publicación. Igualmente, en esta línea habría que enumerar sus múltiples reseñas y recensiones a otras tantas publicaciones de su especialidad. Esta última gota de mi cariño por D. Juan Antonio no quisiera colmar la paciencia de todos Ustedes, y por ello me excuso de su mención pormenorizada.

Tampoco quisiera concluir esta semblanza del Prof. Gil Tamayo, sin dejar de anunciarles que unos días antes de su partida de entre nosotros, cuando ya se encontraba en la Unidad de Cuidados Intensivos, vio la luz pública su última colaboración científica titulada *Manual de Patrología*. Se trata de un último esfuerzo científico de nuestro patrólogo, juntamente

con D. José Manuel Fidalgo, por hacer accesible la vida, la obra y la teología de los principales Padres de la Iglesia a los alumnos del Instituto de Ciencias Religiosas de nuestra Facultad.

También debo anunciarles que en un breve tiempo estarán a disposición del público en general sus otras obras póstumas, aquellas que supo sacar adelante en medio de su enfermedad. Una se centra en la traducción del *corpus* epistolar de san Ambrosio, y otro libro que se titulará «Creo en la Iglesia». Se trata del último volumen de la serie «El Credo comentado por los Padres de la Iglesia». Ambos originales se encuentran depositados en la editorial Ciudad Nueva de Madrid.

Igualmente debo notificar del último trabajo del Prof. Gil Tamayo y que debería mostrarles en este preciso momento, pero el duende encargado de las imprentas de la editorial Cristiandad no lo ha permitido. Se trata de una colaboración que tenía entre manos nuestro profesor con otros colegas del mismo Claustro, D. Pablo Blanco, y que ha debido continuar D. Eduardo Torres. Puede que esas páginas, que tienen por título: *Benedicto XVI. Una historia de la Iglesia*, hayan visto ya la luz pública, aunque no de forma universal, pues yo todavía no las he visto.

Termino ya con los trazos gruesos de esta semblanza al Prof. Gil Tamayo, y deseo hacerlo con otras palabras de su querido san Cipriano, escritas precisamente en el tratado *Sobre la muerte*: «Demos prueba

de que existe aquello que creemos —decía el santo obispo de Cartago—, de modo que no lloremos la muerte de los seres queridos, y cuando llegue el día de nuestra llamada, sin tardar y de buen grado vayamos al Señor que nos llama» (CIPRIANO DE CARTAGO, *Del tratado sobre la muerte*, 24: CSEL 3/1, 312: BAC 717, 309).

La partida de D. Juan Antonio de entre nosotros no le permitió la ocasión de ser nombrado Catedrático Ordinario en la Facultad de Teología de nuestra Universidad, como les he recordado, pero espero, pues lo deseo, que la Suprema Autoridad de todas las universidades le haya propuesto como Residente Ordinario de aquella cátedra celeste.